

¿BIBLIOGRAFÍAS O CATÁLOGOS?

Joaquín FERNANDEZ DE CORDOBA

“ACÚSASE CON FRECUENCIA a la Bibliografía —ha escrito certamente don Marcelino Menéndez Pelayo— por los extraños a su cultivo, de ciencia árida e indigesta, de fechas y de nombres, superficial y pesada al mismo tiempo, como que sólo fija la atención en los accidentes externos del libro, en la calidad del papel y de los tipos, en el número de las hojas, y limita sus investigaciones a la portada y al colofón, sin cuidarse del interior del volumen. . . Pero no es ése el verdadero procedimiento del bibliógrafo, ni puede llamarse trabajo científico, sino mecánico, el descarnado índice de centenares de volúmenes cuyo registro externo arguye a lo sumo diligencia y buena fortuna, nunca dotes intelectuales ni saber crítico. Y la crítica ha de ser la primera condición del bibliógrafo, no porque deba éste formularla con todo el rigor del juicio estético y de la apreciación histórica diestramente combinados, sino para que sepa indicar de pasada los libros de escaso mérito, entresacando a la par cuanto de útil contengan, y detenerse en las obras maestras, apuntando en discretas frases su utilidad, dando alguna idea de su doctrina, método y estilo, ofreciendo extractos si escasea el libro, reproduciendo íntegros los opúsculos raros y de valor notable, y añadiendo sobre cada una de las obras por él leídas y examinadas, un juicio, no profundo y detenido como el que nace de largo estudio y atenta comparación, sino breve, ligero y sin pretensiones, como trazado al correr de la pluma por un hombre de gusto; juicio espontáneo y fresco (si vale la expresión), como que nace del contacto inspirador de las páginas del libro; impresiones vertidas sobre el papel con candor e ingenuidad erudita. . . Así concebida la Bibliografía, es al mismo tiempo el cuerpo, la historia externa del movimiento intelectual, y una preparación excelente e indispensable para el estudio de la historia interna.”

Las normas que en las precedentes líneas establece Menéndez Pelayo para comprender trabajos de esta índole no pueden ser más exactas. Bajo esta pauta rigurosa se construyeron las monumentales obras de HARRISSE, ICZBALCETA, LEÓN y MEDINA, y hoy se ciñen a ella WINSHIP, GREG, NEWTON, BOWERS, BÜKLER, McMANAMAY, WAGNER, WROTH y MILLARES CARIO, para no citar sino a unos cuantos maestros de la bibliografía crítica moderna.

A pesar de la tradición y de la justificada fama que tiene nuestro país en el cultivo de esta disciplina, muy poco se ha progresado en este campo desde la época de ICZBALCETA, ANDRADE, RAMÍREZ y LEÓN, particularmente en lo que concierne a las técnicas que usaron estos eruditos acuciosos en sus vastos repertorios bibliográficos, de valor inapreciable para el investigador.

Del medio centenar de bibliografías (generales, regionales y especiales) que han visto la luz pública en México durante los últimos veinticinco años, contadas son las que merecen ostentar con más o menos dignidad ese título, como la de Coahuila, de ALESSIO ROBLES, la de San Luis Potosí, de ALCORTA GUERRERO y PEDRAZA, la de Querétaro, de AYALA ECHÁVARRI, la de Tehuantepec, de CARRASCO PUENTE, las de Iguínez (*Bibliografía biográfica mexicana* y *Bibliografía de novelistas mexicanos*), y *La imprenta en México* de GONZÁLEZ DE COSSÍO. El resto son verdaderos catálogos a veces desprovistos de todo método bibliográfico.

En el número de los catálogos o pseudo-bibliografías debemos incluir el reciente volumen de Roberto Ramos,* que en sus 772 páginas da una lista de 4,776 obras relativas a historia de México.

La nómina de Ramos está precedida de una abultada lista de trabajos suyos, que denuncia un deliberado afán de publicidad. De los diecinueve títulos que encierra, por lo menos once corresponden a colecciones de documentos y manuscritos exhumados por él de la Biblioteca Nacional de México, divul-

* Roberto RAMOS, *Bibliografía de la historia de México*. Talleres de Impresión de Estampillas y Valores, México, 1956; viii + 772 pp.

gados en algunas reuniones del Congreso Mexicano de Historia e insertados en diversas publicaciones periódicas. Una de estas selecciones, por ejemplo, fue presentada en el IV Congreso Mexicano de Historia y publicada poco después en *Universidad Michoacana*, III (marzo de 1940), con el rubro de "Documentos históricos relativos a Valladolid, Pátzcuaro y Zitácuaro". Esta colección de documentos figura tanto en su lista de obras como en el cuerpo de la *Bibliografía*, dividida en tres partes cual si se tratara de tres obras diferentes de creación propia o estuvieran siquiera acompañadas por un aparato crítico y anotaciones pertinentes.

Su artículo denominado: "Libros que leyó don Miguel Hidalgo y Costilla", que también se consigna entre las producciones del autor y luego en el Catálogo, ocupa cuatro asientos, el primero para la edición original y los restantes para las reimpresiones, lo que está de más, en virtud de que al pie de la cédula 3,659 hay una nota en que se alude a ellas.

La obra está plagada de duplicaciones innecesarias, como en el caso de los asientos números 69 y 70, que corresponden a una misma edición de las *Disertaciones* de Lucas Alamán (México, 1942). Otro caso semejante, pero ahora de triplicación, son los asientos números 130 y 131, ambos bajo el encabezamiento de "Altamirano, Ignacio y otros: *Hombres ilustres mexicanos...* (México, Eduardo L. Gallo, editor), 1873-74, 4 vols." Esta ficha se inserta dos veces consecutivas y reaparece en la número 1830, ya no con el nombre del autor, sino del editor. El ejemplar que se cita en primer término se conserva en la Biblioteca Nacional, y el que se registra por el nombre del editor pertenece a la Biblioteca Bancroft, de California. Bastaba, pues, un solo asiento para dicha publicación, cuyo paradero nos indicarían las siglas colocadas en la línea de localización de ejemplares.

En el asiento 210 se sitúa la *Historia universal, moderna y contemporánea* de Idda Appendini y Silvio Zavala (México, 1949). Si el autor tenía el propósito de incluir este género de obras, que de manera incidental o somera se ocupan de México, debió agrupar un buen número de ellas o, en caso contrario, no asentar una ficha aislada. Igual procedimiento

debió seguir con relación a la cédula 321, *La Bandera de Ayutla*, Culiacán, Sin. (Biblioteca Bancroft). Lo correcto era eliminar esta ficha solitaria o incorporar todas las publicaciones periódicas de carácter histórico que en grandes cantidades nos ofrecen el propio catálogo de la Bancroft Library, la Hemeroteca Nacional y muchos otros depósitos nacionales y extranjeros. En la ficha 4240 se cita un informe del gobernador Santamaría, rendido ante la Legislatura del Estado de Tabasco. ¡Un solo informe, cuando hay colecciones más o menos completas de ellos en nuestra Biblioteca Nacional!

La misma práctica era aconsejable por lo que toca a los escasos opúsculos que se anotan de Fernández de Lizardi (*El Pensador Mexicano*), Pablo de Villavicencio (*El Payo del Rosario*), Luis Espino (*Spes in Livo*), Rafael Dávila y otros famosos folletistas liberales del siglo XIX, cuya abrumadora producción ya ha sido inventariada por Spell, González Obregón, Radin, Fernández de Córdoba, etc.

Hay fichas —y no pocas— como la 1051, en donde se quedó sin llenar el dato bibliográfico del número de páginas que contiene una colección de impresos relativos a López de Santa-Anna, por el simple hecho de que al catalogafista se le olvidó consignarlo en la tarjeta de la Biblioteca Nacional, utilizada en la obra de Ramos.

En efecto, es indudable que la compilación que nos ocupa no está hecha con arreglo a un plan metódico ni con un criterio seleccionador. El autor se concretó a mandar copiar las tarjetas de las obras referentes a historia patria que atesora la Biblioteca Nacional de México, sin tener presente que la labor previa para formar una bibliografía consiste, antes que otra cosa, en examinar *de visu* cada una de las piezas que se pretende describir y estudiar. Copiadas las tarjetas del fichero de la Biblioteca Nacional, entresacadas al azar algunas obras consignadas en contados catálogos de fondos nacionales y extranjeros, y en unas cuantas bibliografías, el autor recurrió a algunas bibliotecas privadas, pero no por cierto a las mejor nutridas en la materia con que cuenta el país. Si el autor hubiera rastreado en los fondos de las ricas bibliotecas de Teixidor, Echániz, Cuevas, Ugarte, Basave del Castillo (Bi-

biblioteca México), Cervantes y Alvarez de la Cadena (colección González Obregón) y, además, hubiera revisado los copiosísimos catálogos de Sutor Branch Library, Yale University Library, New York Public Library, Harvard University Library, The William E. Gates Collection, Austin, Texas y las listas de las subastas de la rica biblioteca mexicana de Paul Wilkinson, pudo haber reunido material histórico suficiente para llenar diez apretados volúmenes, sin tener que duplicar un solo título.

Réstanos añadir que hay obras como *Morelia en 1873, su historia, su topografía y estadística*, que por descuido del catalografista figuran por el título (3002) y no por autor, por el simple hecho de que éste no consta en la portada. Si el autor hubiera tenido a la mano el impreso para describirlo, pronto se hubiera percatado de que el trabajo está suscrito por Justo Mendoza (p. 23) y fechado en abril de 1873. De paso se habría evitado transcribir un error imperdonable. Como el opúsculo no tiene fecha, el catalografista puso al pie de la ficha, a continuación de las señas del impresor: "(1870?)". ¿Es posible suponer que este trabajo se diera a las prensas en 1870, cuando el autor lo fechó en abril de 1873?

Y ya que se alude a "literatura" tocante a Michoacán, ¿qué provecho rendiría al investigador de la historia de este Estado la consulta del catálogo de Ramos, de cuyas páginas están ausentes obras tan fundamentales como el *Diccionario histórico, geográfico, biográfico, etc.*, de Michoacán (Morelia, 1905-1915, 3 vols.) y la *Historia civil y eclesiástica de Michoacán* (Morelia, 1909, 2 vols.) de Mariano de Jesús Torres, los *Anales del Museo Michoacano* (Morelia, 1888-1890), dirigidos por el Dr. Nicolás León, la *Crónica* de fray Diego Muñoz (Guadalajara, 1950), los *Apuntes para la historia de Michoacán* de Manuel Barbosa (Morelia, 1905) y el *Bosquejo histórico y estadístico de Jiquilpan* (Morelia, 1896) de Ramón Sánchez, y en donde ni siquiera figuran los opúsculos que recogen las encendidas polémicas de Melchor Ocampo y *Un cura de Michoacán?* La misma pobreza de información encontraría el estudioso de cualquiera otra historia regional.

En resumen: el nombre que mejor cuadra a la obra de Ra-

mos es: *Catálogo de las obras sobre historia de México que se custodian en la Biblioteca Nacional*. Y registros como éste, elaborados sin los requisitos que señala Menéndez Pelayo, “serán útiles —según él— como lo son los catálogos de editores y libreros, pero no serán trabajo de literato sino de mozo de cordel; no llamaremos a sus autores bibliógrafos, sino acarreadores y faquines de la república de las letras”.